

Medicina D Pablo

31-8-A-N18.

608

Ca 2567

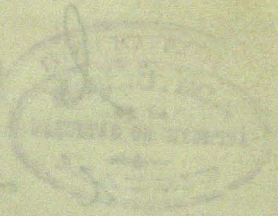


Consideraciones

Sobre la etiología y tratamiento de la
Histerias.

1882

1 F 55 5 2 1
28820
22842022





UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315405745



Consideraciones

al ob. otir...

...

...

b 18673971
c 2584605x

*Consideraciones sobre la etio-
logia y tratamiento de la his-
tenia.*

Discurso

*que, para obtener el grado
de Doctor en Medicina y
Cirujia, presenta el Pbro.
D. Pablo Medina y Guerrero,
Licenciado en dicha facultad.*

1882.



Medicina in observationibus.

Excmo. Señor:



Se oye decir con frecuencia:
"antiguamente nadie padecía de
los nervios, mas ahora todo el
mundo se queja de este mal;
no parece sino que la moda, que
lo invade todo, ha querido intro-
ducir tambien su tiránica in-

fluencia en el campo de la medicina".

Y que tiene algun fundamento de verdad esta asercion, nos lo dice el sin numero de casos de convulsiones, sincopes, y otros accidentes de este genero, perfectamente simulados, que á los medicos practicos se ofrecen.

Bien conocidos son los curiosisimos ejemplos que Tacoud, Charcot, y otros autores, de cuya veracidad no es licito dudar, nos

refieren de esta especie de hysterias.

Pero no todo es engaño: el nervosismo es conyugado inseparable de la civilizacion, y á medida que esta crece, aquel se desarrolla en sus multiples y variadas manifestaciones.

Decia, no hace mucho tiempo, un celebre pensador, que conforme el termómetro de la civilizacion sube, el de la moralidad baja; y aunque no fuese yo quien en absoluto admitiera esta afirmacion

ción, no puedo menos de conocer que
ese codicioso afán por los placeres ma-
teriales, por el lujo, por la ostentación,
por la fortuna, que vemos desarro-
llarse en todas las clases de la so-
ciedad á medida que el progreso
avanza, hace que á cada paso se
quebranten ó se olviden los severos
preceptos de la higiene, y la conse-
cuencia natural y lógica de esta
transgresión, es la inmundicia
en el espíritu, y las enfermedades,
principalmente las nerviosas,

en el cuerpo.

¡Dolor causa el mirar
con los ojos de la ciencia esas gran-
des capitales, esos grandes centros
de población, donde pudiera decir-
se que está invertido por completo
el orden de la Naturaleza!

En ellos vemos en efec-
to, que cuando al amanecer
la noche en el crepúsculo vesper-
tino, casi la totalidad de los seres
de la esfera organizada se incli-
na á la tranquilidad; cuando

la ausencia de los primeros agentes del movimiento y la vida, la luz solar y el oxígeno, nos dice que debemos esperar en el regreso la aparición de la aurora; cuando todo lo que fatalmente obedece á las leyes inmutables de este mundo, se rinde á la quietud; el hombre, ser consciente, dotado de razón, infringe estas supremas leyes, y en el café, en el teatro, en el negocio, en la orgia, bajo la perniciosa acción de una luz artificial como

midora de oxígeno y productora de ácido carbónico, para largas horas, debilitando su organismo y preparándole para dolorosas afecciones, cuya presencia no se hará esperar.

En las pequeñas poblaciones y en el campo, son ciertamente muy poco frecuentes los reverses de fortuna inesperados, las grandes empresas frustradas, la pérdida del crédito ó la bancarota en los negocios comerciales, las al-

tas especulaciones financieras abor-
tadas ó impeditas, las pérdidas con-
siderables en el juego, y tantas y
tantas otras causas tan comunes
en las grandes capitales y en épo-
cas de adelanto, que promueven
una excitabilidad nerviosa, más
ó menos larga, pero siempre dura-
dera, productora de los diferentes
fenómenos que caracterizan el
llamado *nervosismo*.

Y si añadimos á estos
males los muchos que acarrean

las pasiones deprimentes y desor-
denadas, la envidia, los celos, la am-
bición, el honor comprometido, el
abuso de los gozes físicos, la lectura
de novelas y narraciones fantás-
ticas, el fanatismo político, el
misticismo exagerado, y las demás
que fuera prolijo enumerar, ten-
dremos bosquejado el cuadro etio-
lógico completo de las complejas
afecciones que se nos describen en
las neuropatologías.

Pero apartaré ya mi

mente de las ideas que me ha su-
gerido la simple consideracion
del dicho vulgar "antiguamen-
te nadie padecia de los nervios,"
y fijaré mi atencion en el caso
práctico y concreto que ha ser-
vido de motivo á estas =

Consideraciones sobre la etiología
y tratamiento de la histeria =
caso que no es, á mi humilde
juicio, más que un simple coro-
lario de las causas ya apuntadas:
un sencillo caso de histerismo.

Más era necesario cum-
plir un deber reglamentario, si
habia de llegar al colmo de mis
aspiraciones, si habia de dar cima
á una empresa solamente por a-
ficion acometida (toda vez que el
ejercicio de la medicina es incom-
patible en la práctica con mi
sagrado ministerio), y aún á
trunque de pasar por el apuradí-
simo trance del que, con tosca
palabra y escasos conocimientos,
tiene que hablar ante la ciencia

consumada y la experiencia enca-
recida, he venido á cumplir ese
deber, persuadido de que en nin-
guna parte puede cobijarse me-
jor la sincera modestia que á
la sombra de la verdadera sa-
biduria, ni hallarse más tran-
quilo el discipulo que al lado
de sus maestros. Sedme in-
dulgentes.

La histeria, ha dicho Sy-
denham, es una verdadera veletas

que se presenta bajo tantos colores co-
mo el camaleon. En efecto, es una
neurosis complexa, que afecta á todo
el sistema nervioso, que obedece á las
multiplicadas causas que he indi-
cado, y que ataca, no solamente á
la mujer, como antiguamente
se creyera, sino tambien al hombre,
segun Orignet, Charcot, Favre, Pe-
tit, Aussilou, y otros autores, han
demostrado evidentemente en nues-
tros dias.

Mas de esto no puede de-

ducirse que el hombre esté predispu-
sto por naturaleza á esta enferme-
dad; pues aunque se admitiere
la proporción de uno á vein-
te que le señala Orignet, pro-
porción que rotundamente
niega Grasset, si convenimos
con aquel en que la mitad de
las mujeres son histéricas y
que una quinta parte pade-
ce de ataques, resultará que la
histeria en el hombre puede
y debe considerarse como exce-

cion solamente. Recuerdo que
refiere Dailly que un dia de pri-
mera comunión, en la iglesia
de San Rogue de Paris, una jó-
ven fué presa de repente de con-
vulsiones histéricas durante la
misa, y en el espacio de media
hora, cincuenta ó sesenta muje-
res fueron tambien atacadas de
convulsiones semejantes. Esto
jamás sucederá, seguramente,
con los hombres.

Empuro lo que aparece

tambien como indudable, es que la histeria se acomoda en sus manifestaciones, en cada momento historico, á las preocupaciones ó á las ideas que en estos predominan. Así vemos, que desde Hipócrates y Galeno hasta el siglo XVI, se atribuyeron al útero (ser misterioso que vivia con vida independiente dentro del seno de la mujer y que recorria á su cargo todo el organismo) los diferentes fenómenos que el titulado bolo histerico pro-

duce. En los siglos medios, ó mejor dicho, desde el siglo XVI hasta la Revolucion Francesa, época en que las ideas religiosas en diferentes sentidos dominaron, la demonomania y los falsos éxtasis fueron tan frecuentes, que constituyeron el aspecto dominante de la histeria. Y finalmente, en nuestros tiempos, la horrible frecuencia con que los suicidios se repiten y la espantosa cifra que la estadística de la locura alcanza, nos hacen presumir que estos son los principales reflejos de la enfer-

medad que nos ocupaba, en estos días en que el indiferentismo religioso y el fuerte materialismo predominan en nuestra sociedad.

Sin embargo, todavía no han desaparecido por completo las preocupaciones de los antiguos tiempos. Hace pocos meses que fui a consultarme, como sacerdote y como médico, una señora que se creía endemoniada. Las ilusiones sensoriales que padecía con frecuencia, las alucinaciones de todo

género provocadas contra su voluntad por la presencia de cualquier objeto, y sobre todo, aquel bicho, según decía la infeliz, que por todo el cuerpo le corría, lo mismo por el tronco que por las extremidades, que le agitaba a un tiempo que los miembros los vestidos, que si le quería coger se le escapaba de las manos, y que a las veces se le agarraba al cuello y la oprimía horribilmente, hasta verse amenazada de sofocación por aquel bicho, reptante, que ningún médico

que la visitara le habia dicho lo que era y que la dejaba sin fuerzas y sin vida, debia ser necesariamente para esta desdichada el espíritu del mal.

Es esta señora a que me refiero, como de cincuenta años de edad, de constitucion al parecer robusta con predominio del sistema nervioso, casada y de buena posicion social. Desde luego recordé que la histeria es excepcional en la menopausia, más ¿porqué no habia de encontrarme delante de una de

sus excepciones? - Procuré ante todo tranquilizar su espíritu con las reflexiones que consideré más oportunas, y la indiqué despues la conveniencia de que me expusiera algunos antecedentes de su padecimiento, luego que la hube interrogado convenientemente, "no recuerdo, me contestó, que mis padres ni otros individuos de mi familia hayan padecido de las enfermedades que usted ha nombrado, ni yo misma he padecido de ninguna hasta despues de casada.

Únicamente cuando joven, me so-
lian dar unos mareos que me tur-
baban la vista y me obligaban á bus-
car apoyo en cualquier objeto, ó á
sentarme, porque de otra manera,
hubiera caído al suelo; pero esto se
me pasaba á la seguida, y jamás
me quejé de ello ni tomé medici-
nas para remediarlo."

"Después, á los pocos años
de matrimonio, tuve la desgracia
de que mi marido me hiciera par-
ticipé de un mal adquirido y conta-

gioso, por el cual he sufrido, físicas
y moralmente mucho tiempo."

"Mas hasta que el cielo nos
arrebato la alegría de mi casa, hasta
que murió mi queridísima hija,
¡á los diez y siete años de su edad!—
que era buena y hermosa como un
angel, y de un talento arroboso,
que yo no he tenido los ataques que
ahora sufro, que me dejan inutili-
zada y que me ponen á las puer-
tas del sepulcro. ¡Ay! desde en-
tonces que yo lloro día y noche"

sin consuelo y que es un tormento horrible mi existencia!.."

"Mi sueño, siempre ligero, es continuamente interrumpido por fuertes sobresaltos y ora, al despertar, veo á mi hija, resplandeciente de luz y de belleza, y mudada de blanco y coronada de flores, que me mira y me sonríe y desaparece; ora se me presenta una legión de monstruos, que tan pronto se aniquilan como se agigantan, y en confuso tropel corren por delante de mis ojos, burlando mi

dolor con espantosos viajes y grotescas contorsiones."

"Cuando estoy despierta, mi paso es vacilante, mi palabra trémula, mi vientre está abultado y dolorido, y un peso insoportable que me abruma me impide levantar los brazos."

"En el momento del acceso, los dolores me corren del vientre á los riñones y de estos al pecho y á la espalda, dejándome sin sentido; y cuando la bola, ó el bicho, ó lo que sea, se me sube á la garganta, me oprime como

una tenara y me aprieta como para ahogarme. ¡Ay! yo creo que esto no debe ser cosa natural; yo pienso si podré estar poseida del demonio, y por eso he querido recurrir á usted, por que nadie mejor que usted puede sacarme de la aflictiva incertidumbre en que me encuentro."

Como se vé, esta infornada señora, por su padecimiento histérico, consecuencia tal vez en un principio de alguna predisposición hereditaria, y más tarde por los sufi-

mientos físicos y morales referidos, habia llegado á un estado de melancolía profunda y á esa especie de delirio de carácter místico, tan frecuentes en esta variedad del nervosismo crónico y que tan tristes resultados suelen dar en la mayor parte de los casos.

Animar, pues, aquel espíritu abatido, alejar las preocupaciones de aquella imaginación debilitada, procurar algún distraigo á un corazón tan lleno de pesares, me pareció que hubieran sido las primeras indicacio-

nes que un médico práctico intenta
na llenar por el momento; y tratán-
dose de una persona de excelente po-
sición social, la vida del campo en
medio de amigos íntimos y alegres,
lejos de todo ruido y de toda impo-
sición de sociedad, y los viajes de recreo,
que tan útiles y agradables distraccio-
nes proporcionan, hubieran sido in-
dudablemente aconsejados con prefe-
rencia á las más preconizadas dro-
gas, que en estas enfermedades, ojet-
ma medicamenta sapi possint fieri

perniciosísimas, como dijo Boerhaave.

No olvidó indudablemente
estos preceptos el sabio Profesor que
habia asistido á la indicada enferma;
porque nos dijo la misma, que un
médico, ya cansado de recetarla sin re-
sultado, sólo le mandaba que buscare
distracciones y que no tomara nada
de boticas. Por mi parte, procuré per-
suadirla de que es un deber de concien-
cia el sujetarse humildemente á lo
que el médico manda, y haciendo me-
ramente por tranquilizarla en cuan-

to á sus preocupaciones religiosas, di-
por terminada la consulta.

Mas no habrian trans-
currido de esto quince dias, cuando á
una hora avanzada de la noche, se
presentó muy afligido en mi casa
un hijo de la referida señora, supli-
cándonos le acompañásemos á la suya
sin pérdida de tiempo, pues su madre,
que se estaba muriendo, deseaba verme.
Fuímos allá inmediatamente y, cual
no sería mi asombro al encontrarme
á la enferma, recostada en el lecho so-

bre cuatro ó cinco almohadas, con la
cabeza echada atras, los brazos extendidos,
la cara bultuosa é injectada, el cuello
truncado, sin responder á nuestra voz,
con pérdida completa del conocimien-
to, con respiracion difícil y con el pul-
so irregular y muy poco sensible!
Dijime á la seguida que se la aplica-
ran paños de agua fresca á la cabeza
y sinapismos á las extremidades, y que
prepararan una infusion de flores de
tilo, para dársela con jarabe de cloral
de Follet, que yo llevaba á prevención.

Alrosela trazar, aunque muy difícil-
mente, algunas cucharadas de esta
preparacion; pero no bien la hubo
tomado cuando, de pronto, la enfer-
ma se incorpora, se pone de rodillas
en la cama, levanta y agita los bra-
zos en actitud amenazadora, dirige
en derredor su vista llena de espanto,
y fija luego sus ojos desencajados y fero-
ces en la luz, que parece la asombra
y la fascina, viniendo, por fuerza, a sa-
carla de este estado, un violentísimo
vómito que la hace arrojarse en abun-

dancia, materias estercoráceas. Poco
momentos despues la enferma judo
decimo, que habiendo notado la proxi-
midad del ataque, me llamó para
que la viera como médico y para
cumplir, como buena cristiana, sus
deberes religiosos. Estuvo en esto
muy bien; pues si la historia rarissi-
ma vez termina por la muerte, no
es difícil encontrar en los autores al-
gunos casos de histéricos que han
muerto de sofocacion ó sibilitamen-
te en el ataque; así como se encuen-

tran tambien de otros que succumbie-
ron á consecuencia de un marasmo
progresivo y de resultas de una hie-
teria crónica prolongada.

Pero vamos á nuestro
objeto: ¿El vólvulo que se presentó
en el ataque que hemos referido,
decide la opinion afirmativa de
Briquet, en la interesantísima
cuestion que muchos autores han
discutido sobre si los alimentos
pueden franquear la válvula ileo-
cecal, y si los enfermos pueden vo-

mitar lo que se les administra por
enemas? Yo creo que sí; sin em-
bargo dice Brasnet, que es muy
difícil de decidir esta cuestion á
causa de las simulaciones; pues
para hacerse interesantes y pare-
cer extraordinarios los enfermos,
pueden entregarse á toda clase de
actos imaginables. Así Tracoud
cita un caso de Trysten, en el cual
se encontró el engaño, pues la en-
ferma tragaba bolitas de materias
fecales para arrojarlas luego.

La verdad es que yo no
conozco mas que un caso parecido
al que he observado, pero en el cual,
los vomitos nada ofrecen de particu-
lar, y por eso, aunque muy in-
terezante, dice muy poco en apoyo
de dicha cuestion. Este caso nos lo
refiere Douchut de la siguiente ma-
nera: Una Señora, que nunca ha-
bia padecido de otro mal que de neu-
ralgias temporales, una noche, en
Paris, perdió súbitamente el uso
de los miembros al mismo tiempo

que el conocimiento; mas al cabo
de una hora volvió á tener concien-
cia del mundo exterior, sin que des-
apareciese la inmovilidad de las
extremidades, hasta por la maña-
na, que cedió para no volver, á be-
neficio de fricciones generales. Des-
de entonces, y á consecuencia de
un gran disgusto, esta Señora dejó
de digerir bien, se la presentaron
dolores tan pronto en el estómago
como en la cabera y en las paredes
del pecho, y tuvo á menudo jaquias,

regurgitaciones glomeradas, eructos inodoros, gases intestinales y estreñimiento pertinaz; hasta que, por fin, fué acometida de inapetencia absoluta y de continuos vómitos de bilis, de mucosidades y de sangre. Repetidas veces fué víctima de alucinaciones, pues en cuanto cerraba los ojos veía a los pies de su cama caras conocidas, unas con los dientes rojos, otras haciendo guiños y sacando la lengua, alucinaciones que en el momento que abría los párpados

se desvanecían. En otros momentos, eran ilusiones sensoriales estas, causadas por las flores de la alfombra, que se transformaban en bestias fantásticas ó en águilas, ó por otro objeto cualquiera de la habitación, que se metamorfoseaba en la figura de un hombre ó de una rara quimera."

Y concluye el referido autor, después de algunas consideraciones que no hacen á nuestro objeto, diciéndonos que esta en

forma á beneficio de los tónicos
los antiépanuómicos y la hidro-
terapia, experimentó al cabo
de algunos dias un alivio
real, y curó á los pocos meses.

Mas esta observacion
no nos saca de la duda en
que nuestro caso nos colocó?
el que nos persuade hasta la
evidencia, de que los ataques
histéricos, por las convulsiones
sucesivas que pueden sufrir los
intestinos, puede determinar

el vólvulo, y que le determinó
realmente en la que nosotros
hemos presentado, es un hecho
que con la mayor curiosidad y
precisión en los detalles nos
refiere Orignot, y es el siguiente:
"Una histérica de veintisiete
años de edad, en un estado de in-
tolencia habitual, toma café
y lo arroja. Entonces se le ad-
ministra en escemas, y á la me-
dia hora experimenta malestar,
cólicos, ruidos de líquidos en el es-

tómago y en los intestinos, luego
trauscar, y acaba por vomitar
el café (cerca de una tercera
parte del enema). Dos días
después se volvió á hacer el
experimento ante Orriquet, y
vigiló mucho á la enferma, y
vomitó el café. Entonces se va-
rió la prueba añadiéndose bar-
tante magnesia al café, y fué
vomitado con indicios de mag-
nesia. Sin prevenir á la enfer-
ma, se la pone un enema con

la tintura arul de tornasol, y
á los doce minutos fué vomitado
de color rojo. Por fin, se la pone
un enema de agua salada, y
á los quince minutos vomita
un líquido en el cual el nitra-
to de plata revela muchos cloruros."

Queda, pues, demostrado
que el íleo puede manifestarse,
por las contracciones sucesivas de
los intestinos, en los ataques de
histeria; que es lo que hemos
pretendido probar al aducir los

textos que anteceden.

En cuanto al tratamiento que empleé en el indicado caso, y que produjo tan favorables como inesperados resultados, consistió únicamente, además de los remedios higiénicos y morales mencionados, en administrar todas las mañanas, por novenarios alternos, la sal de sedlitz ó el agua de Loecher, á dosis ligeramente purgantes, y el bromuro de alcanfor, también

á pequeñas dosis, al día tres ó cuatro veces. El bromuro de potasio, con otros de los más insignificantes remedios con que cuenta el arsenal terapéutico, habían sido ensayados con anterioridad inútilmente. Mediante, pues, este sencillo tratamiento, la enfermedad se consideró radicalmente curada, lo cual nada tiene de particular que se haya conseguido, más que por la eficacia de los remedios empleados, por la misma edad.

Y pasará ya debe luego á decir algo sobre los diferentes medios empleados para la curación de la histeria.

Después de los profi-
lácticos, de los que únicamente
divinimos que hay que tomar
especiales precauciones con los
hijos de las histericas, para neu-
tralizar en lo posible las pre-
disposiciones hereditarias, y
que no estará demás aconsejar
el matrimonio á las jóvenes

amenazadas de este mal, como
nos enseñan Hipócrates, pasará á
ocuparme de los antiopasmódicos.

Sabido es que el útero,
según las teorías antiguas, teme
los malos olores y los evita por la
huida, mientras que es amante
de los perfumes y los busca. De
aquí una porción de prácticas, á
cual más extrañas, que se promueven
en juego para que este órgano bus-
que de las extremidades del cuer-
po, á las que emigra, y volviere

al sitio y posición que le correspondían. Fousagnives, con casi todos los autores de terapéutica contemporáneos, han llegado á su encuentro como carácter común del grupo de los antiespasmódicos, más que la volatilidad de estos y su olor.

Pero ¿qué valor tienen los antiespasmódicos en la histeria? Mientras que Orignot hace una descarga cerrada sobre estos medios, Permetta por el con-

trario los defiende; y del examen de los argumentos que ambos aducen resulta, que si dichos medicamentos no eran empleados con éxito en las neurosis histericas, lo habrán de ser siempre con la mayor seguridad en algunas de sus manifestaciones.

Los estupefacientes fijos (narcóticos y anestésicos) han sido empleados tambien muchas veces con excelentes resultados. Las venas escarificadas,

los imajininos y los veqigatorio, por su accion perturbadora sobre el sistema nervioso, se han aplicado igualmente, algunas veces con éxito. Pero el medio acaso más poderoso, y que reúne estos dos efectos, para combatir la histeria, es sin disputa la hidroterapia. Es esta una medicacion, dice Grasset, que jamás se recomendará bastante.

La electroterapia y la metaloterapia son otros pro-

derosos medios para combatir la histeria. "Las histericas, dice el citado Grasset, son sensibles á uno ó muchos metales, pues cuando se aplica una armadura de un metal sobre un punto anestetizado, vuelve la sensibilidad en este punto y luego á distancia. Si se pone la armadura en la sien, vuelve la vista de los colores sucesivamente en un orden siempre el mismo. Estos efectos son ciertamente muy cu-

ricos y se atribuyen á la electricidad. Pégnaux ha obtenido resultados análogos con corrientes débiles, demostrando que estas aplicaciones metálicas producen unas corrientes que devia un galvanómetro.

De una manera general, los efectos de la metaloterapia en la histeria son transitorios y fugaces; sin embargo, hay un medio de hacerlos permanentes: superponer á una pri-

mera placa un metal inactivo, como aconseja Vigouroux, ó colocar esta segunda placa sobre la piel á cierta distancia de la primera, como hace Demontpallier.

El primer efecto puede producirse, segun estos autores, por una placa sensible, ó por una corriente galvánica de cierta intensidad, ó por un iman, ó por la electricidad estática. Una vez producida esta acción si se aplica sobre la parte modificada demor-

trada inerte por un metal metalor-
cójico, esta sensibilidad ó esta re-
sistencia dura, sino indefinidamen-
te, al menos mucho más tiem-
po que si no se hubiese usado.

Estos procedimientos tera-
péuticos no sólo se aplican á las
anestesia, sino también á todos los
fenómenos de la histeria local.
Dr. Abadie las ha empleado con
buenos resultados contra la hie-
teria reticular, la Kopropia hie-
terica: "Qua sea que se trate de dolo-

res de cabera, dice, continuos, ya de
verdaderos dolores neurálgicos, que
se exasperan al menor trabajo y son
rebeldes á la quina, á la acci-
tina. L. P. II.

Pero dejemos ya la me-
taloterapia, aun no bastante es-
tudiada, y digamos para concluir
con el tratamiento de la histeria,
que la influencia moral produ-
ce á veces efectos sorprendentes en
esta enfermedad. Recordamos
haber leído hace mucho tiempo,

que habiéndome acercado un cam-
pesino á consultar á un medi-
co, le prescribió este una purgas.
Al darle la receta, le dijo: - En
caso de la tomeis, quedaréis bien.
El enfermo tomó demasiado á
la letra el mandato del doctor, y
se tragó el papel, que le sirvió
en efecto de purgante. Ade-
mas, yo recuerdo igualmente ha-
ber visto en el hospital clínico
del Colegio de Medicina de Cadix
á un enfermo que se venía que

jaudo muchos días amargamen-
te al Dr. Benjumea porque
nunca en la visita le mandaba
á él nada. Un día el sabio Pro-
fesor, por acallar las quejas del
enfermo y darle algún consue-
lo, le prescribió una pildora
mica prasin; pero cual no fué
su asombro al día siguiente quan-
do oyó de labios del enfermo y de
los prácticos encargados de la
sala que la pildora le había
obrado como un purgante mer-

gico. En vista de esto, se esperó
unos cuantos días y se repitió
el experimento vigilando con
verecientemente al enfermo; y,
en efecto, dió el mismo resultado.

Esto prueba que la imaginación
puede obrar sobre el sistema
nervioso con una fuerza
casi infinita e incalculable.

Diré por fin, que para
detener ó hacer abortar los
ataques de histeria, Aréteo re-
comendó hacer volver el útero

á su sitio y mantenerle fijo. Tho-
mas Bardeus (siglo XVI.) colocaba una
gran piedra sobre el vientre de
sus enfermos. Willis (siglo XVII.)
aconsejó la compresión del ab-
domen para que el espasmo
no subiese al cuello y á las
cabezas. En nuestra época
Deschamps hacia colocar una
almohada sobre el vientre y
que alguien se sentara encima.
Ferguson recomienda la
compresión de la región ovárica

ca. Gueneau de Mussy propone
la constricción de la laringes.

Briquet administra el cloro-
formo. Y, por último, Dou-
reville ha obtenido con sus
inhalaciones de nitrato de amio-
lo ataques de histeria graves y
de histero-epilepsia.

Una cuestión nos
queda que tocar antes de ter-
minar esta disertación: ¿Las
obsesiones y posesiones á que
se refieren los exorcismos de

la Iglesia, pueden confundirse
con la histeria, la epilepsia y
demás enfermedades nerviosas
de esta clase, ó han de ser malman-
te atribuidas al espíritu del mal?
Y formulamos esta pregunta
que creemos comprendida en
nuestro tema, porque no hace
mucho tiempo que en algunas
publicaciones científicas y en
la prensa médica periódicas
se planteaba esta cuestión y se
resolvía en el primer sentido.

Pero se resolvía, no dejarme de haber aducido pruebas y razones que pudiesen convencer, ó al menos hacer dudar, al que estudiase este asunto sin preocupacion de escuela, sino repitiendo los mismos argumentos que Decker expusiera á fines del siglo pasado, y de los cuales ya nadie se acuerda, porque no merecen otra cosa que el olvido.

En efecto, todo el fundamento de sus razonamientos se

reducia á lo siguiente: á decir que los sabios de la antigüedad, (que supieron distinguir perfectamente los fenómenos naturales de los sobrenaturales) no eran tan intruidos como lo son los de nuestros dias; á sostener, que la medicina ha adelantado mucho, y que se debe á este progreso el que ya no se encuentran demosiacos, como en los pueblos supersticiosos, sino simplemente enfermos.

de afeciones materiales conoci-
das; á asegurar, que la inmen-
sa mayoría de los casos tenidos
por posiciones, se pudieron cu-
rar, y se curaron, por solos los
recursos que la ciencia propor-
ciona.

Mas, aun cuando
todo esto fuese cierto, ¿se podría
deducir que es un absurdo las
posiciones? No, de ningún mo-
do. Habrá habido con respecto á
esta creencia mucha ignorancia

mucha credulidad, mucha im-
probita, mucha maldad; y
bien ¿no se han visto ejemplos
de esto mismo en todos los siglos
y muy particularmente en
el nuestro?

Pero habian de ser
los anteriores ejemplos todavía
en mayor número, y aún se
haria muy mal en deducir que
nunca hubo nada real en el
to, y que todos lo que atestiguan-
ron lo contrario estaban en el e-

ros. La sana lógica no permite deducir una conclusión general de un número determinado de hechos particulares. Lo que sí debe dejarse por sentado, es que en esta materia es preciso juzgar con mucha circunspección, con mucho tino, y no atribuir las cosas á un poder sobrenatural sino después de un detenido y concienzudo examen. Para esto se indican y son bien conocidas las señales que deben

decidir en estos casos.

Conviene además conocer la ilustración de las personas que en asuntos de esta naturaleza deban ser consultadas, por que no hay nada que ciegue tanto el entendimiento, después de la ignorancia, como la preocupación. Si vamos de ejemplo los siguientes hechos.

Exase una pobre histerica, dice Bonchut, que en el momento del ataque, creia ver

espectros de figura humana dis-
puestos á arrojarse sobre ella,
lo que la obligaba á quererse
levantar fuera del lecho, huyen-
do de su malignidad. La sencilla
llera de las personas que la rode-
aban y que pudieron verla en
este estado, hizo que fuesen má-
xima la opinion de que esta
joven estaba endemoniada. "So-
lo el demonio, decian, pudiera
agitarla de ese modo." - Para
afirmar sin escrúpulos en este

juicio, se consultó á un sacerdote,
pero este, conociendo la gravedad
del caso, guardó por de pronto
una prudente reserva y fué á
consultarle con un compañe-
ro suyo constituido en dignidad,
y con fama de muy ilustrado;
el cual, apenas terminada la ex-
posicion del consultante, pronun-
ció una que pudiéramos llamar
sentencia de posesion. Mr. Gerard,
médico de Carouges, se encargó
de sacar del error á aquellas po-

bres gentes, curando en poco tiempo, por los medios apropiados, á la enfermedad.

En contraposición á este hecho, citaré otro que refiere un sabio eclesiástico, Catedrático de la Universidad de París, calificado de sobrenatural por algunos médicos, y de especie de demencia histérica por el indicado profesor.

Se trataba de fijar la opinión sobre la extraordinaria situación física y moral en que se

hallaba una comunidad de religiosas. Afirmaban estas que por la noche oían en el dormitorio gritos, aullidos espantosos de diversos animales, voces que lloraban, y ruidos de tempestad, de huracanes, de truenos, cuando estaba la atmósfera despejada y en completa calma. Muchas veces, durante noches enteras, padecían convulsiones como histéricas, daban saltos con todo el cuerpo quedando violentamente a

agitados todos sus miembros; y repetían los gritos y aullidos que decían haber oído en los días precedentes, uniendo á ellos una mezcla de quejidos, llanto y risas, que producían un espantoso efecto. Al vez tomaban actitudes las más difíciles y extraordinarias contra todas las leyes del equilibrio; daban saltos y hacían súbitos movimientos de ascension, de que eran absolutamente incapaces en su estado normal y

fisiológico, como por ejemplo, saltar de un brinco la cerca de las clausura, abalanzarse á los árboles casi con la agilidad de los animales trepadores. En la misma Iglesia, y en el momento de la sagrada comunión, se las ha visto lanzarse con violencia contra la pared y permanecer allí pegadas y tiesas como un palo. Tal estado iba muchas veces acompañado ó seguido en estas desdichadas, de

alguna turbacion intelectual
o al menos afectiva, y, en fin, de
una multitud de aberraciones
morales las más singulares
y raras, y casi inexplicables por
las solas leyes fisiológicas y pato-
lógicas; o más bien, se veian en
ellas todas las perturbaciones,
todos los desvarios e ilusiones de
la sensibilidad, de la imagina-
cion más exaltada y desordena-
da.

Un sistema higiénico

dijunto y ordenado segun el
carácter y el género de las perso-
nas á quienes se aplicaba, fue
bastante para dominar una si-
tuacion tan anómala, tan
singular, tan digna de llamar
la atencion, dados principal-
mente el sitio en que se desa-
rollaba y las circunstancias
que en el hecho concurrían.

Lo se debe, pues, obrar
con precipitacion al clasificar estos
estados que tan extrañas manifes-

laciones nos ofrecen; pero no se deduce tampoco de las equivocaciones cometidas en el conocimiento de algunos o de muchos hechos, que la doctrina católica sobre las proceiones es absurda, y que sus exorcismos son una ceremonia inútil, porque esto, á más de ser una falsedad histórica, es una blasfemia horrible. Si las proceiones no fueran sino enfermedades naturales, Jesucristo con sus palabras

y con su conducta hubiera confirmado una falsa precupcion y hubiera inducido á error á sus discípulos; cuyo proceder indigno no puede ni siquiera exponerse en el que era el centro de la verdad y de la sabiduría infinitas.

Epilogando, para no hacerme más molesto, las ideas que he bosquejado, las reduciré á las conclusiones siguientes:

1.^a = Las faltas de higiene

cometidas principalmente en las grandes poblaciones y en épocas de adelanto, son causa infalible de las enfermedades nerviosas y singularmente de la histeria.

2^a. = El íleo puede presentarse, a consecuencia de las contracciones espasmódicas de los intestinos, en los ataques de histeria.

3^a. = Ya ciencia no conoce todavía un tratamiento que pueda considerarse efi-

car para curar el histerismo.

4^a. = De que la mayor parte de los enfermos, tratados en la antigüedad por demoniacos, hayan sido nerviosos, no puede lógicamente deducirse que sea falsa la doctrina católica sobre las posesiones y que los exorcismos de la Iglesia sean inútiles y hasta ridículos.

He terminado mi

humilde trabajo abusando tal-
vez demasiado de la indulgen-
cia de este Tribunal; pero si
al desarrollar mi interesante
tema, no he podido llegar á
la altura que reclama la im-
portancia del asunto, has-
sido indudablemente porque
este reclamaba un talento más
despejado que el mío y unas
experiencias más largas que
la que poseo. Ayuda á esta
falta de aptitud está bien de

seo, y quede para las privilegia-
das inteligencias que se dedican
al progreso de las ciencias mé-
dicas, el dilucidar convenientemente
esta materia. Por otra
parte, la práctica médica es casi
incompatible en la práctica
con nuestro sagrado ministé-
rio y... Medicina in observationibus.

He dicho.

Pablo Medina y Guerrero



Madrid 14 de Mayo de 1882.